

Elena Garro

Los recuerdos del porvenir

Edición de Ángel Esteban y Yannelys Aparicio

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Una vida llena de contrastes	13
La infancia feliz en Iguala y la etapa posterior en la capital	13
Una boda irregular y un viaje a Europa con retorno dilatado	18
La vuelta a México y los veinte años de matrimonio	25
Años sesenta: literatura, nuevos compromisos y el desastre de 1968	36
El exilio destructor y una vuelta a los orígenes poco reconfortante	42
Elena Garro, el <i>boom</i> y las mujeres escritoras	49
<i>Los recuerdos del porvenir</i> : el poder de la infancia libre y sin límites	62
El realismo mágico	63
La Guerra Cristera y la guerra de Garro	71
Instancias cronotópicas en <i>Los recuerdos del porvenir</i>	81
El narrador y los narradores	95
La mujer y las mujeres	100
ESTA EDICIÓN	113
BIBLIOGRAFÍA	115

LOS RECUERDOS DEL PORVENIR	127
Primera parte	131
I	133
II	139
III	147
IV	155
V	168
VI	172
VII	184
VIII	215
IX	233
X	241
XI	257
XII	265
XIII	272
XIV	282
Segunda parte	295
I	297
II	307
III	323
IV	338
V	346
VI	349
VII	380
VIII	389
IX	398
X	410
XI	423
XII	432
XIII	442
XIV	448
XV	459
XVI	465

Pocas personalidades son tan atractivas como la de Elena Garro, cuando abrimos el mapa de sus avatares, con todas esas contradicciones que son la marca de la autenticidad. La mexicana no esconde sus estados de ánimo, cualquiera que sea su índole. No huye cuando recurre a la fantasía o a la magia para indicar su desacuerdo con los efectos de la violencia, la injusticia, ni se evade de la realidad cuando sugiere que el futuro se encuentra en el pasado, que el tiempo es estirable como un chicle y que, como él, puede ser aplastado hasta casi desaparecer. También es sincera cuando defiende a las clases bajas, a las que no pertenece. Su compromiso es real y constatable. Nunca pensó que la palabra pudiera sustituir al acto en la vida real, como hacen algunos de sus personajes, ni fue su escritura la de los «inteligentes juegos de salón» —son palabras de César Vallejo contra el compromiso hipócrita y cobarde de los surrealistas—, que tantos artistas producen para tranquilizar una conciencia culpable por inactiva. Decir que las palabras son actos puede ser una solución literaria de efectividad estética o técnica. Pero en la vida hacen falta más argumentos. Elena Garro estableció en algunas de sus obras esa correlación o identificación del arte con la vida, de las palabras con los actos, pero lo hizo sabiendo que eso era una estrategia para tratar de insertar a sus personajes, y quizá también a ella misma, en un universo más habitable, más fácil de manejar, vecino de la magia y la fantasía creadoras. Margo Glantz ha hecho hincapié en ese escenario singular, a propósito de las niñas Eva y Leli del relato «La semana de colores», a instancias de las

virtualidades del espectro cromático, y de la ductilidad del discurso de Juan Cariño, el loco, en *Los recuerdos del porvenir*:

El blanco es transparente y luminoso, la sangre fresca y la sangre coagulada definidas por los colores que las representan —lo rojo y lo morado—, alcanzan una gran densidad y las palabras se oscurecen, suenan como piedras en boca de la lavandera, convertidas en objetos pesados, autónomos, y marcan su distancia frente a lo cristalino. Las palabras no solo designan, tienen efecto inmediato, son activas, es decir, dan lugar a acciones concretas realizadas en el tiempo, tema desarrollado en *Los recuerdos* donde el loco, Juan Cariño, utiliza el diccionario como si se tratara de un oráculo, una especie de *I Ching*, y donde cada palabra tiene poder por sí misma y para neutralizarla hay que pronunciar un conjuro (Glantz, 2003, 26).

Da la impresión, a veces, de que las palabras poseen una materialidad propia, constatable, con peso y medida, que «existen como objetos y adquieren cuerpo en cuanto se independizan del sonido que las ha emitido» (Glantz, 2003, 19). En el capítulo VII de *Los recuerdos*, Juan Cariño cree que es el líder político de su comunidad y que puede ejercer el poder mediante el control de las palabras. Con ellas será capaz de erradicar la violencia y conseguir un territorio libre y feliz. Por eso, recorre las calles de Ixtepec buscando las malas palabras, como quien trata de dar con los delincuentes, para separar sus letras y anular su vileza o su capacidad para hacer daño:

Todos los días buscaba las palabras «ahorcar» y «torturar» —asegura el narrador colectivo— y cuando se le escapaban, volvía derrotado, no cenaba y pasaba la noche en vela. Sabía que en la mañana habría colgados en las trancas de Cocula y se sentía el responsable (197)¹.

¹ Todas las citas de la novela proceden de esta edición, con el número de página entre paréntesis, sin indicaciones añadidas.

Sin embargo, entre el mundo de la imaginación, el recuerdo, la fantasía, y el de la realidad, con sus criterios tempo-espaciales inquebrantables, existe la necesidad de comprometerse con la vida misma y su actividad. Por ello, Garro decidió dedicar su existencia no solo a escribir, sino también a dar voz a quienes no la tenían y a defender sus derechos e intereses.

UNA VIDA LLENA DE CONTRASTES

La infancia feliz en Iguala y la etapa posterior en la capital

Elena Garro nació el 11 de diciembre de 1916 según algunos textos biográficos (Rosas Lopátegui, 2011, 6) o el 11 de diciembre de 1920 según otros (Rosas Lopátegui, 2000, 3), en la ciudad mexicana de Puebla, a los pocos años del comienzo de la Revolución mexicana, cuando esta llegaba a un momento en el que los principales conflictos estaban llegando a su fin. Rhina Toruño cuenta en 1999 que en una entrevista a la autora el 24 de abril de 1998, muy poco antes de morir, le dijo por primera vez que su fecha de nacimiento fue en 1916 y no en 1920. También concreta que, en una entrevista a Octavio Paz en 1996, este aseguraba que Garro ya no se acordaba de la fecha de su propio nacimiento (Toruño, 1999, 24). Rosas Lopátegui explica que hasta cuatro meses antes de su muerte, Elena siempre hablaba de 1920, y solo entonces cambió su fecha de nacimiento a 1916, que es finalmente la verdadera, lo que coincide con el testimonio de Toruño.

El día uno de diciembre de 1920 llegó a la presidencia del país Álvaro Obregón. Emiliano Zapata había sido asesinado el año anterior, Venustiano Carranza el 21 de mayo de ese mismo año y en 1923 Pancho Villa. En 1924 llegó a la presidencia Plutarco Elías Calles, y dos años más tarde